

OCHO O NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECERO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 3 rs., seis 10, y un año 20.

PROVINCIA: Tres meses, 20 rs., seis 10, y un año 24.

PARIS: Cuatro, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 20, y un año 54.

AMÉRICA: Seis meses 25, y un año 70.

FILIPINAS: Seis meses 20, y un año 110.

Administración.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL CATO. LO QUE FUERE SONARÁ,

REVISTA SEMANAL.

Ya estamos tranquilos; según los periódicos ministeriales, por ahora no habrá trastornos.

No parece sino que están esos periódicos entre los conspiradores, ó que éstos son muy inocentes, que en medio de la calle se ponen á decir lo que van á hacer y lo que no van á hacer, y luego le mandan noticia de lo que resuelven al señor Posada Herrera.

Yo creo que trastornos no habrá si el Gobierno se porta bien, es decir, si no sigue la marcha que todo el mundo le ve seguir, sintiéndolo mucho, por supuesto, porque al fin los que pagan, cuando hay trastornos, los errores de los partidos ó de los Gobiernos, son precisamente los vecinos pacíficos que viven del trabajo.

Lo mejor que debía hacer el Gobierno era marcharse y dejar el puesto á otro, á ver si quería Dios que saliera del retraimiento el partido progresista, que nunca, por ningún concepto, debió apelar á ese medio, y podíamos entendernos y arreglar la Hacienda, que es el *quid*, porque en política, como en una casa particular, cuando hay arreglo y dinero, todo va bueno; pero cuando hay desorden, despilfarro y poco trigo, por consecuencia, entonces parece que todos los demonios se han apoderado de la familia.

¡Qué descansado estaría en su casa el señor Alonso Martínez!... ¡Valiente cosa le importarian los ingleses! Allí se estaría entretenido con sus pleitos, es decir, con los ajenos, haciendo bien al pobre, y defendiendo noblemente la razón y la justicia, sin que ningún periódico pretendiera mortificarle, y sin la odiosidad de que es objeto cualquier ministro.

¿Quién le aconsejó al señor Alonso Martínez que aceptara el ministerio de Hacienda? Si estuviera yo en lugar de este caballero, había de citar á juicio al que tan mal me hubiese aconsejado, y no había de parar hasta que los tribunales le condenaran por *seducción de menores*, que lo que es el señor Alonso, como ministro de Hacienda, es todo lo más *menor* que puede haber.

¡Si fuera ministro de Hacienda el amigo Posada! Este orador festivo sí que puede ser ministro de todo. El señor Posada ha nacido indudablemente para ministro. Lo malo es que no ha nacido para ser buen ministro, que si así como sirve para ministro

fuera un buen ministro, les digo á VV. que había de ponerle yo sobre mi cabeza, y había de hacer el hombre muy buenas cosas.

El ministerio debe marcharse antes de que tenga que caer; esto es lo malo que tiene eso de ser ministro, que hay ocasiones en que es preciso hacer de tripas corazón y decir: «Ahí queda eso; renuncio generosamente al sueldo y al coche,» y marcharse á casa.

El ministerio está en uno de estos casos, y el caso más grave es que él no hace caso del caso, y cree, ¡ilusiones de ministros! que no ha de llegar tan pronto el caso de liar el petate. A los deudores descuidados que dejan pasar el tiempo sin tratar de arreglar sus asuntos y pagar, les sucede luego que llega un momento en que no hay más remedio que pagar, y entonces son los apuros y el lamentar no haber hecho caso, ni haber pensado en el caso.

Los ministros leen los periódicos ministeriales, que son precisamente de los que no debían hacer maldito caso, puesto que nadie mejor que un ministro puede saber que lo que dicen los periódicos en alabanza suya, cuesta regularmente un sueldecito, ó dos ó tres, ó más, que en dar sueldos para tener amigos no se repara, ó una subvencioncita, ó un puesto en el Congreso, etc., etc.; oyen á los aduladores, y á los pretendientes, y á los que comen de la olla grande del presupuesto, y creen firmemente que todo el mundo está contento con su ministerio, y que la gente está ya reventando de tanta felicidad.

Todos los empleados, amigos, parientes y bienhechores de EL CASCABEL se hacen lenguas de mí, y dicen que no hay un periódico que se me pueda poner delante; si yo creyese esta exageración, me echaría á dormir y descuidaría el periódico, y creería que nadie me había de echar la pata. Pues nó, señor, lo que hago es oír ó procurar saber lo que dicen los enemigos, y sobre todo los imparciales, los que no son amigos ni enemigos, y cumplir mi obligación y proponerme hacer cada vez más, para que EL CASCABEL continúe mereciendo favor; en fin, hago precisamente lo contrario de lo que hacen los Gobiernos.

El mes de Abril se acaba y viene el de Mayo, el de las mañanitas alegres y apacibles, el mes de las muchachas bonitas y de los amores matinales. Ya se puede salir de casa temprano, porque no se ven solamente criadas con la cesta en el brazo, una rosa en el moño y un soldado al estribo, barrende-

ros, burras de leche y burros con yeso, señoras de trapillo que van á la plaza á sorprender á la criada, caballeros embozados y con el talego en la mano, que van á la compra porque no se fían de criada ó no la tienen, aguadores con muchos kilos de exceso en los zapatos, buñeleros que van soltando aceite por todas partes, alguaciles del cuello verde que andan á la husma de faltas de policía, asistentes jaques que están sosteniendo las esquinas y esperando á las chicas con quienes *hablan* para convidarlas ó para que los conviden, colchoneros con la vara y el taleguillo, esquiladores mirando con codicia á todos los perros y á todas las mulas que pasan por la calle, repartidores de periódicos que van á llevar la ración diaria de politiquilla al ilustrado suscriptor, panaderos con el cesto en la cabeza, que en cuanto ven á un teniente alcalde en una esquina echan prudentemente por otro lado, temerosos de que aquel teniente sin charreteras sea demasiado escrupuloso en eso del peso, al que los tahoneros no creen que se le debe dar gran importancia... y otras gentes que, aunque muy útiles, buenas y honradas, no pueden tomarse como tipos de belleza y elegancia.

Ahora, por la mañanita se ven muy buenas caras y cuerpecitos muy sandungueros, y que están diciendo infinidad de cosas.

Los vestidos claros, la mantilla española, prenda la más graciosa que ha inventado el buen gusto y preferible á todos esos sombreros, sombrerillos, papalinas, tocas y coberteras que se deben á la moda francesa, que siempre tendrá la misma gracia que mi abuelo, y el peinado sencillo sin rizos ni cuernos ni tonterías, prestan un gran encanto á las mujeres, aun cuando estas no sean más que *regularcitas*, como dicen las que son feas de todas las que son guapas.

Salgan VV. por la mañanita, que bien merecen que se madrugue las muchachas que salen con la fresca á lucir el garbo. Y además de que siempre es muy agradable ver buenas caras, si son VV. observadores podrán sorprender ciertos misterios que, aunque no les importen á VV. gran cosa, les darán algo que pensar y algo que reír.

Ya saben VV. que se va á construir un nuevo teatro en Madrid. Falta hace un buen teatro para la comedia y el drama, y mucho celebraré que el que se proyecta sea digno de la capital de la monarquía. Donde se ha hecho un templo magnífico al arte de la mú-

sica, es mengua que no haya un templo de Talía que no sea ménos que aquel.

Un particular es quien va á edificar este coliseo, y así lo tendremos, porque si lo hubiéramos de esperar del Gobierno, ya podíamos sentarnos para no cansarnos de esperar.

Todavía no se ha hecho la catedral proyectada, y Dios sabe cuándo se concluirá el edificio para Museo y Biblioteca, cuyas obras se inauguraron el otro día con toda solemnidad. El Gobierno actual tendrá el mayor interés en la terminación de este edificio; pero estando aquí todo subordinado á la arrastrada política, y siendo esta hoy por hoy tan ocasionada á crisis, mudanzas, miserias, alarmas y todo género de calamidades, fácil será que se empiece la obra y se interrumpa luego, y vuelva á seguir y vuelva á interrumpirse...

Mientras la política no se arregle; mientras todos no hagamos por evitar la revolución sangrienta y hacer pacíficamente lo que haya de hacerse para seguridad y prosperidad de la nación, todo andará aquí como se dice que anda todo en las casas sin gobierno, manga por hombro, y no habrá ni obras públicas, ni educación, ni orden, ni riqueza, ni crédito, ni cosa alguna buena.

¡Qué lástima! ¡Podíamos estar como el pez en el agua, si hubiera en todos buena voluntad!...

¡Cómo ha de ser! Peor fuera no verlo. Paciencia y barajar. No nos hemos de poner á llorar, que tiempo hay de afligirse y de rabiar.

Lo que siento es que por ahora no da más conciertos el amigo Barbieri, aunque espero que la empresa de los Campos Eliseos le rogará que este mes que entra, ó el siguiente, dé alguna de esas fiestas musicales, á que tan aficionado se muestra el público. Ya que los músicos políticos desafinan de tal manera y dan tales pitadas que es preciso taparse los oídos; ya que tenemos tantos órganos del mismo sistema que el famosísimo de Móstoles; ya que nos aturden los golpes de bombo dados fuera de sazón por los ministeriales; y en fin, ya que hay tan poca armonía en todas partes, por Dios que sería gran desdicha que no tuviéramos el consuelo de las armonías de Barbieri, á quien haría yo, si pudiera, Presidente del Consejo de ministros, para que todo el mundo estuviera contento y satisfecho. Por María Santísima, mi querido compañero y amigo, no imite V. á Olózaga y demás apóstoles del retraimiento. Local no le faltará á V.; público tampoco ha de faltarle, aplausos, todos se los hemos de dar, que todos somos ministeriales de V. sin subvención ni cosa que lo valga, solo porque V. se lo merece todo. Conque á ver cómo nos da V. el mes que viene, aunque no sea más que uno ó dos conciertos, y luego en Junio otros dos, á la hora que V. quiera, por la mañana temprano ó por la noche, donde V. quiera y al precio que V. quiera, y despues en Julio y Agosto le dejaremos á V. que vaya á baños á Vichy ó donde se le antoje, siempre que sea sitio que le pruebe bien, y donde pueda V. hacer una zarzuelita, como sabe, para el año próximo.

No me dejará mal Barbieri, que debe tener en cuenta que interpreto los deseos del ilustrado público.

La empresa de la Zarzuela, según dicen, no forma compañía el año próximo, y arrendará el teatro á la que lo quiera y lo pague.

Creo que Salas y Gaztambide están en el caso de continuar en su empresa, y no dejar morir la Zarzuela, á la que dieron vida, y que es un espectáculo muy del gusto del público, siempre que no descienda hasta el extremo que se deplora. Lo que falta en el teatro de la Zarzuela, como en la política, es armonía entre los empresarios y los buenos autores. Réunala empresa á todos estos.

comprométalos á escribir obras, forme una buena compañía, y es seguro que el público favorecerá el teatro como otras veces.

Y no escribo más hoy, en este artículo, por lo ménos.

LAS MUJERES EN EL JUICIO FINAL.

(Tomado de Jowly.)

Era de noche: acababa de leer algunas páginas de un gran filósofo, y reflexionaba en la profundidad de ese abismo que se llama corazón humano. De todas las ciencias, decía yo para mí, la más atrasada es ciertamente el estudio del hombre. ¡Qué luz no saldría de una confesión universal hecha por todos los hombres con la misma franqueza que se refleja en las memorias de este gran filósofo!

Pero si no sabemos casi nada sobre nosotros mismos, conocemos aun ménos esa otra mitad del género humano, con la cual nuestras más íntimas alianzas son aun combates; quiero hablar de las mujeres. Pensamientos, lenguaje, formas, hábitos, todo difiere entre nosotros. Una historia de las mujeres falta y faltará siempre en la literatura de todos los países. Las mujeres conocen muy bien sus intereses para pintarse de otra manera que en busto. Tienen secretos de Estado que solo ellas pueden revelar y no revelarán nunca. Los hombres no las conocen. El vizconde Segur ha escrito sobre esta materia un libro muy ingenioso que parece un viaje imaginario. Diderot les ha consagrado sus himnos. Juvenal las ha herido en sus sátiras. Todas las medallas de este poeta lo representan horriblemente feo. Maltratado por la naturaleza y por las mujeres, el poeta se vengó de ellas injuriándolas.

El secreto que las mujeres guardan tan bien por su interés se explica perfectamente por esta sola observación: Las mujeres pierden en darse á conocer lo que ganan en dejarse ver.

Hay que confesar que los más grandes hombres han dicho disparates al querer juzgar y definir á las mujeres. No sostiene Aristóteles con tono filosófico que la naturaleza solo crea mujeres cuando la imperfección de la materia no le permite crear hombres? Reconozcamos que aquel gran filósofo era á veces un gran necio.

Mientras que así reflexionaba, una idea bastante rara iluminó mi espíritu. Imaginaba que no sería imposible procurarse un talisman que obligara un día á las mujeres á todas las confesiones que jamás se les han podido arrancar. ¡Qué tesoro para un observador! ¡Quién me ocultara en un rincón del pandemonium en que pasara esta escena!

Es un privilegio, ó si se quiere, una enfermedad de mi espíritu. exaltarse sobre el objeto que lo preocupa, hasta el punto de realizar á mis ojos el pensamiento más extravagante, dando cuerpo á los fantasmas de mi imaginación.

El trueno brama, los relámpagos brillan, las cuatro trompetas suenan, los grupos de Miguel Angel se reproducen en la bóveda celeste; un ángel femenino recorre los aires desplegando el arco Iris, en cuya banda leo estas palabras: *Juicio final de las mujeres*. Al mismo tiempo una flota aérea llena el espacio, y millares de barcos en que se amontonan las almas de todas las generaciones femeninas arriban al puerto de Josafat, donde baja el ángel mensajero. Un estrepitoso trueno ordena el silencio, y oigo distintamente estas palabras: «Los hombres están juzgados. Renazcan á mi voz las mujeres de todos los países y de todas las edades. Este es el día de la sentencia universal.»

Por más que yo adoro al bello sexo, esta convocación general ahuyentó mi curiosidad. La vejez y la fealdad debían naturalmente hallarse en gran mayoría en este congreso de los siglos femeninos. Pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver una variedad tan grande de bellezas! Pasada esta primera impresión vi muchos ángeles ocupados en clasificar á las mujeres por grupos de naciones, y mi vista encantada recorrió todo lo que la naturaleza en su larga fecundidad ha producido de bellezas.

Allí reconocí á la odalisca de onduladas formas, de ojos de gacela, de morena tez; á la hija del Tamesis, de ojos azules, de cabello rubio, de lánguido paso; á la romana, de mirada más brillante que el azabache de su pelo; á la francesa, esbelta y ligera; á las españolas, que técnicamente eran todas *buenas mozas*.

Yo admiraba el orden que el ángel estableció en una reunión tan innumerable de mujeres; eligió en cada grupo una sola, á quien dió el encargo de representar á su nación, concediéndole la palabra en nombre de sus conciudadanas.

Una india habló primeramente: era la naturaleza misma. Había hecho de la voluptuosidad su propia virtud, y el número de sus amantes era su orgullo. Consagrada al servicio de los dioses, y más especialmente á los placeres de los *brahmas*, había llenado su doble destino con un celo infatigable. Se había casado á los 28 años con el más viejo y rico *baniam* de la comarca, que murió seis meses despues, y ella, por seguir la costumbre, se había quemado con él. Amor, ignorancia, abandono, tal era la historia de su vida.

Tocó hablar en seguida á una bella inglesa, la cual, con una entonación doctoral, refirió las dulces perfidias de que había sido víctima. Romántica á los quince años, sentimental á los veinte, devota á los veinticinco, siempre tierna y delicada, hubiera podido ahorrarse á su auditorio la larga narración de los viajes de su corazón, comprendiéndola en tres palabras: necesidad de amar, gazmoñería y pretensión.

Habló luego la francesa, y dijo: Yo bailaba con todas las reglas del arte, hablaba hasta por los codos, hacía los honores de mi casa con gracia inimitable, y sin embargo, los placeres no han ocupado toda mi juventud, que he prestado también muy buenos servicios. El viejo general B... me debió su pensión de cuartel, y me

acuerdo de haber sacrificado 6,000 francos para dotar á una jóven que no tenía para mí otra recomendación que su pobreza y su virtud. Viuda, amé mucho al esposo que había perdido. No haré aquí la historia de mis aventuras; no quiero, como la indostana, contar con ingenuidad las travesuras que me he permitido, ni ménos echármela de inocente como esta vaporosa lady. Ligereza, gracia, amor, capricho, beneficencia; he aquí mi vida entera.

La italiana, que tomó luego la palabra, refirió las tres desaventuras que habían impedido otras tantas veces su matrimonio: las tres pensiones que había recibido de tres magnates. Hizo despues la fiel relación de sus devociones, y recomendó el respetuoso cuidado que siempre tuvo de cubrir todas las noches con un espeso velo la cara de su madona. El ángel se sonrió, y la italiana calló. En la vida de la italiana no había más que un pensamiento, una acción, un recuerdo, un culto verdadero: el amor, pero el amor tal como los sentidos lo entienden.

¡Ay! exclamó la alemana á su vez: yo he pasado mi vida buscando, ó más bien ensajando mi ideal. Confieso que mis investigaciones me llevaron á veces muy lejos, y que mi existencia ha sido un largo viaje de descubrimientos. El sentimiento me sirvió siempre de guía. ¡Por qué me dió el cielo estos ojos de azul celeste, cuya húmeda llama atrae el amor sin fijarlo nunca? La inocencia de mis pensamientos no se manchó nunca en el curso de diez ó doce intrigas amorosas, y el pintor de Munich que se casó conmigo, halló en mis brazos la felicidad. Si hubiera yo escrito mis memorias, las habría intitulado: *La coquetería sentimental, ó la vaguedad de los sentimientos, llevada á lo positivo del amor*.

Tocó su turno luego á la española, y sonriendo como solo se sonríe en la tierra de María Santísima, dijo modestamente:

Yo he tenido la desgracia de enamorarme á todos los europeos, y especialmente á los ingleses. Por lo demás, he cumplido todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia, ménos los que no he cumplido, no por falta de fe, sino por descuido.

Concluido este exámen general, todas las mujeres esperaban en silencio el resultado. De repente una luz espléndida alumbró la escena, y el ángel pronunció con voz armoniosa el discurso siguiente:

«Si vuestros esposos, amantes y padres se sentaran en mi lugar, señoras mías, la sentencia sería sin duda cruel. Pero yo, elevado por mi naturaleza por encima de las debilidades humanas, os perdono la mayor parte de las faltas que habeis cometido, y cuya lista grabada en estas inmensas tablas de bronce, servirá de lección á los futuros mundos. Mucho se os debe perdonar á vosotras que habeis amado mucho. Vuestras debilidades son obra de los hombres. No tembleis: vosotras, las que habeis conocido algunos sentimientos verdaderos, sereis perdonadas. Pero vosotras, hipócritas, que en el tenebroso misterio de vuestros amores buscásteis un derecho para odiar y hacer daño, vosotras, las de corazón seco, que ocultábais un puñal debajo del escapulario, furias de maledicencia y mujeres de intriga, vosotras ireis con vuestras culpas á profundidades más oscuras que vuestra misma alma.»

En cuanto á vosotras, mujeres voluptuosas ó ligeras, el bien que habeis hecho decidirá de vuestra suerte: el cielo no es inexorable sino con el odio, con la envidia, con la perfidia, con la mentira, con la dureza de corazón.

Vosotras las que fuisteis prudentes, y con el buen empleo de vuestros talentos y gracias hicisteis la felicidad de los hombres, vosotras merecis el Paraíso.»

Entonces vi elevarse en un lado un palacio magnífico, cuya extensión solo podría medir la imaginación. Al otro lado se proyectaba sobre un abismo sin fondo, un puente largo, estrechísimo. En vano procuraba yo adivinar el destino del palacio y del puente, cuando el ángel habló otra vez:

«Mucho os agrada, señoras mías, haber muerto todas jóvenes y bellas. En efecto, aquí solo se ven orientales de 14 años, inglesas de 19, italianas de 20, francesas de 25, españolas de 30. Pero es menester que consulteis vuestra memoria y que recordéis la edad precisa en que abandonárais el mundo, porque solo esas pasarán sin peligro el puente del abismo.»

Entonces fue de ver á las mujeres. ¡Cómo se agitaban cediéndose mutuamente la dicha del paso!

—¡Pasad, pues, pasad! gritaba el ángel.

Pero ni por esas: casi todas retrocedían ante el abismo, cuya profundidad miraban con espanto.

—Comprendo ahora, añadió el ángel, que ni aun despues de muertas quieren las mujeres convenir en su edad, y que para ellas la fealdad es el mayor tormento. Ea, óbrense una metamorfosis comenzando ya el castigo de las que persigue la cólera del cielo.

Al mismo instante las hipócritas, las intrigantes de córté, las ambiciosas, las soberbias, las avaras, etc., perdieron todos sus encantos, y las arrugas de la vejez surgaron sus bellos cuerpos, y las que solo tenían que expiar algunas faltas, conservaron la belleza de sus formas, pero cubiertas con un espeso velo desde la cabeza hasta los pies.

Separado en tres cuerpos aquel ejército de mujeres, avanzaron hacia el agudo puente. Las reprobadas cayeron al abismo, las penitentes quedaron suspendidas sobre él, y las elegidas llegaron al otro lado, donde estaba la mansion de las eternas delicias.

Tal fué mi vision; fantasía de que he querido dar cuenta antes que la reflexion la desvanezca en mi espíritu.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

NOVENA PAREJA.

(Continuacion.)

Entró en esto en la desmantelada habitacion una jóven apreciable, no solo porque era muy buena muchacha, sino porque era extremadamente hermosa. Era la hija mayor del cesante. Vestía limpia, pero pobremente.

—Ven, hija mía, ven, le dijo el viejo; este caballero es el casero, y quiere que le paguemos. Dile, dile cómo estamos.

—¡Ay señor! exclamó la joven, antes, cuando yo podía trabajar, lo pasábamos mal, pero podíamos vivir... ahora no hay trabajo, dos semanas hace que voy todos los días a la tienda, y nada... como no venden no cortan...

—Y qué es lo que cortan?

—Camisas, yo hago camisas; se gana poco, pero en fin, menos es nada.

—Me va V. a hacer a mí una docena.

—Y se las hará a V. muy bien, dijo el padre, porque, aunque es mi hija y no debía yo decirlo, tiene unas manos... pero mire V., caballero, yo soy muy franco... no se las hará a V., porque si quiere V. cobrarse así lo que le debemos, entonces, ¿qué es lo que vamos a comer mientras las haga?... Digo, me parece que esto no tiene vuelta de hoja.

—Papá... dijo la muchacha, como reconviene cariñosamente a su padre, no hay nada más justo, puesto que debemos dinero a este caballero; y debió mirarle de tal modo, que don José, que tenía tanto de pródigo como yo de obispo, sacó del bolsillo media onza y se la puso en la mano, diciendo:

—Tome V., señorita, a cuenta de las camisas, y en cuanto a los alquileres, ya me los pagarán VV...

—Eso sí, se apresuró a decir el cesante, a mí me van a colocar pronto, esto no puede durar... mire V., yo soy de los del año 54 ya ve V... en cuanto vuelvan los míos, y van a volver, no tenga V. duda... Estamos todos trabajando para eso... Además, como no tengo que hacer y tengo algunos principios de filosofía, porque yo estudiaba para escribano, pero ahorqué los libros... por la madre de estos, que no quería que fuese yo escribano, sino intendente, como su padre, ó portero mayor de las caballerizas, como su tío... Pues como digo, como tengo algunos estudios, he escrito una comedia que se titula *Un liberal sin suerte ó la hija de un intendente del ejército de don Carlos*, que es nada menos que una historia de la familia de mi mujer, y de todo lo que ha pasado en España en veinte años... Si esa comedia se representa, que ya me lo ha ofrecido uno que baila en el teatro de Novedades, entonces ya no necesitare yo ser empleado, y podré mañana ó el otro dejar a mis hijos esa y otras obras que escribiré, porque lo que es yo si me pongo a escribir, no hay quien pueda conmigo... Lo que yo quisiera, sería ajustarme con un teatro, aunque fuese con un diario, para escribir todas las comedias que necesitase en la temporada... Un día que esté V. despacio, le he de leer a V. la comedia... Verá V. cómo digo allí todo lo que debía hacer el Gobierno, y qué paso hay de una cosa que le sucedió a mi mujer, antes de casarse conmigo, con un carabinero que estaba siempre con el pincho en la mano en la Puerta de Toledo...

—Esos son disparates, papá... ¿Quién le mete a V. a escribir esas cosas?... Con ellas no ha de ganar V. nada...

—¿Qué sabes tú?... Ya ves tú si sabré yo lo que vale lo que hago... Y no quiero que cosas camisas y vayas a las tiendas... y a no ser así por conocimiento, como pongo por caso para este señor, y el cura que vive enfrente, no quiero que le des una puntada a nadie... ¿No es verdad, caballero?

—Sí, sí, tiene V. mil razones; es un dolor que esta señorita tenga que ocuparse en ese trabajo tan indigno...

—¿Cuándo me enviará V. la tela?...

—Luego, un día de estos... Ya vendré yo a traerla...

—No deje V. de venir a oír el drama, y gracias por todo... Es V. un casero como no he visto otro, y lo que yo quiero es poner en la comedia, ya verá dónde lo meto, lo que ha hecho V. hoy con nosotros.

—Libreme V. de eso...

—Bien, bien... V. ¿qué ha de decir?... pero en mí está hacer lo que debo; yo soy muy agradecido...

Salió de aquel cuarto don José, contento por haber hecho una buena acción, y muy prendado de la joven camisera, que era lo que se llama una muchacha bonita, y tan modosita y tan amable... y en fin, don José, a no haber sido porque nunca se le olvidaban los consejos de su padre y el odio que éste apreciable sugeto profesaba a las mujeres en general, se hubiese enamorado de ella como un tonto, como vulgarmente se dice, aunque si el hombre no fuese tonto mas que en enamorarse, ya se le podía dispensar la tontería, que al fin y al cabo nadie conoce nada mejor de que se enamore un hombre que de una mujer, ó aunque sea de varias.

Por bien empleados dió don José los ocho duros entregados a la modista y la pérdida de los alfileres, y se prometió volver a la casa del cesante, con objeto de ver otra vez a la niña, aun a riesgo de tener que oír la comedia escrita por el cesante.

Y todo esto lo pensó desde el piso bajo al principal de la casa de su propiedad.

Llegó al cuarto principal, llamó y salió a abrir una señora gorda, muy gorda, con una espalda como un juego de pelota y un pecho como era consiguiente, que apenas le vió dió un grito y echó a correr, como puede correr una señora que pesa sus veinte arrobas muy corridas.

—¡Ay! dijo al echar a correr, voy a echarme un pañuelo.

Y al momento volvió, trayendo ya cubiertos los hombros con un pañuelo de cuadros.

—Beso a V. la mano, caballero, dijo haciendo una cortesia a don José.

—Señora, dijo este, soy el dueño de la casa...

—¡Ah! ¿V. es el dueño?... Pase V. adelante... Julia, abre el balcón de la sala... Pues ¡y don Lesmes, el administrador?

—Señora, ya no tengo administrador; no quiero que me administre nadie hasta que me administren los últimos Sacramentos.

—Hace V. bien; como dijo el otro, el ojo del amo engorda al caballo, y haciendo, tu dueño te vea... Pase V... ¡Jesús! ¿qué está haciendo esa niña que no ha venido a abrir el balcón?... Aquí tenemos cerrado, porque amigo, entra un *resol*, y como tengo la vista ya tan mala...

—No se moleste V., señora, yo estoy bien en cualquier parte.

—¿V. es el hijo?...

—Sí, señora.

—¿Su papá de V. murió?

—Sí, señora, tuve la desgracia de perderle.

—¿Qué buen sugeto era! Y siempre le encargaba yo besos para V., creyendo que era V. un niño.

—Muchas gracias.

—Mucho nos quería su papá de V.

—Lo creo.

—¡Jesús! ¿qué bromoso era! Aquí siempre venia de broma, y nos reíamos tanto con él la niña y yo... y él se reía tanto conmigo... Decía que no podía ver a las mujeres, y yo le decía que como no le gustaban era lejos... Muy hombre de bien, eso sí, y a nosotras nunca nos apuraba para el pago... Siempre me decía: «Nada, nada, doña Manuela, cuando V. pueda buenamente...» porque, como están los tiempos tan malos... Eso sí, ya

sabía él que aquí tenía el dinero seguro, porque ¡Jesús! en buen hora lo diga, lo que es a formal en mis cosas, no me gana nadie. ¡Vaya! ¡cuánto gusto tengo en conocer a V!

—Gracias, señora... Pues yo venia... no he querido venir antes, pero como hoy he venido a ver a todos los inquilinos...

—¡Yá! ¡yá! ¡Hoy ha venido V. a darse a conocer!

—Eso es.

—Es una satisfacción para mí... ¡Julia! niña, ven, que hay aquí un caballero que quiere conocerte.

—No, señora, no, que no se moleste.

—Sí, señor, sí, tendrá mucho gusto en conocer a V... Su papá de V. siempre la traía dulces... ¿Ha visto V. qué tiempo hace?

—Sí, señora, un tiempo atroz.

—Es un calor horrible... Aquí, mi niña y yo, para no asarnos tenemos que estar en cueros... Cuando V. llamó estábamos en camisa...

—Pues siento que por mí se haya V. vestido.

—Es verdad, que V. es de confianza, porque habiendo sido tan amigo nuestro su papá de V...

—Pues como decía a V., yo venia...

—V. perdone. Voy a ver qué está haciendo esa chica... ¡Julia! ¡Julia!... Sal, niña, sal, que está aquí el nuevo dueño de la casa, el hijo de tu amiguito... Dígame V., ¿qué sabe V. de cólera?...

—Señora, no sé nada.

—Dicen que va a venir.

—No sé, yo no tengo noticia alguna.

—Pues si señor, ese *rum rum* anda por ahí... Aquí, ya le he dicho a la niña, no han de entrar melones, ni uvas, ni tomates, ni pimientos, y eso que mi niña se muere por los melones, y yo me estaria todo el día de Dios comiendo pimientos... ¡qué ricos! ¡con aceite y vinagre!... Arteayer los comimos, y ande V., que tuve unos dolores de vientre que creí morirme... y desde ese día anda malucha la niña, porque, es claro, se asustó de verme tan mala, y como dicen si hay ó no hay cólera...

—Es natural.

—¿Que haya cólera?...

—No, que se asustase la niña. Pues señora, yo venia...

—¿Cuándo me va V. a bajar el cuarto?

—Señora, ¡le parece a V. caro?...

—Para V. medio real ó uno es nada, y para nosotras mucho.

—Señora, las contribuciones son muy grandes...

—¿Y sabe V. que tenemos dos goteras?

—¿Dónde?

—En la cocina, ya las verá V. luego... El caso es que cuando llueve se nos pone la cocina llena de agua, y el mes pasado cogi yo en ella un pasmo... y estamos a pique de coger unos dolores reumáticos.

—Ya procuraré que se arregle eso... Pues señora, como he dicho a V., yo venia...

—Pero ¿qué hace esa chica? Julia, ven, mujer... Si viera V... es tan vergonzosa... Ven, mujer, ven, que desea conocerte este caballero.

Y salió Julia, toda confusa y ruborizada.

(Se continuará.)

TOROS.

CORRIDA DEL DOMINGO ANTERIOR.

Fue el primer toro *Morito*, y era de muy buena pasta;

cendidas por un noble orgullo... ¡Yo no pido limosna!

—Y no lo es, señora. ¡Es una antigua deuda la que os pago!

—Ya hablaremos luego, dejad que se vayan estas gentes.

Quando el escribano y los alguaciles se hubieron alejado, Lorenza ofreció una silla al desconocido.

—¡Vos a mi lado, señora! dijo el joven presentándose a su vez con amable galantería. Yo debo la vida a vuestro esposo. Muchas veces mi padre me ha hablado del bondadoso médico que pasó tres noches consecutivas al lado de mi cama. Mi padre y mi madre me han enseñado a bendecir su nombre; mi padre y mi madre me han ordenado que le ame como les amo a ellos.

Ignorábamos su paradero. Esta mañana en el Retiro, la casualidad me colocó al lado de vuestro hijo. Adiviné que sufría, le hice prometer que me proporcionaría el placer de conoceros, y perdonad mi indiscreción, presintiendo que una hora anticipada de consuelo es un presente agradable para el que gime en la amargura, no tuve paciencia para esperar hasta mañana... y aquí estoy... Supuesto que ya os he confesado que soy ligero é imprudente, voy a confesaros el resultado de mi imprudencia, solicitando de antemano vuestro perdón...

Mi encuentro con vuestro hijo me impresionó vivamente...

Desde el Retiro me dirigí a casa del opulento banquero don Gerónimo Mendoza, con el cual me une una amistad muy íntima.

El banquero tiene una hija amable, sensible y virtuosa. Casi por hablar, les conté cuanto acababa de sucederme; ellos se interesaron por vuestro hijo, y me exigieron que le buscara y le ofreciese en su nombre un modesto empleo en su casa. Cabalmente el señor Mendoza está ahora abrumado de trabajo, y le hace suma falta un secretario.

Confieso que a mí tal vez se me hubiera olvidado el lance del Retiro; de modo que al banquero y a su hija es a quienes verdaderamente deberá Claudio un favorable cambio de fortuna...

El señor Mendoza, por ahora, le ofrece seis mil reales.

(Se continuará.)

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO II.

(Continuación.)

A esa hora, Madrid, como todas las poblaciones grandes, es un caos, un verdadero infierno, en donde los transeúntes sufren los tormentos de los condenados, pero que ofrece un risueño y animado cuadro, lleno de vida y de alegría.

Y sin embargo, a pesar de esa apariencia, cuántas escenas de luto y de amargura debía cubrir la noche que se acercaba, porque la noche es siempre enemiga de los desdichados, y su lúgubre horror agrava todos los sufrimientos!

En la casita de la calle de San Vicente tenía lugar una de esas escenas, y hacia presentir cuán triste sería la noche para la triste familia cuya descripción he procurado hacerte.

Claudio no había vuelto, y en su lugar los alguaciles habían tomado posesión de la miserable vivienda.

Estaban procediendo al embargo, y con la ferocidad instintiva de las gentes groseras, se amparaban con bárbaro placer de los objetos, que aunque tal vez superfluos, eran más caros a aquellos infelices.

Habían tronchado, casi de intento, al pasar, las flores de las macetas, derribado algunos juguetes de china, y se sonreían con infernal complacencia, viendo las lágrimas de Virginia al contemplar aquel destroz.

El escribano estaba gravemente sentado delante del escritorio de Claudio, é iba anotando los diferentes objetos que componían el mezzuino ajuar.

Quando hubo concluido, depuso la pluma en el tintero, y dijo con voz chillona:

—¡Ahora es preciso que desocupéis el cuarto!

Lorenza envolvió con una sola mirada a su vieja madre y a sus dos hijos, y dando algunos pasos hacia el escribano con las manos juntas, exclamó con tono suplicante:

—¡No tenemos parientes ni amigos! ¿A dónde iremos? ¡Esperad a mañana!

—¡Es imposible! Sois reincidentes, y el ama quiere absolutamente valerse de su derecho.

El cuarto está ya alquilado a otras gentes, y para que ellas vengan, es preciso que lo desocupéis.

—¡Por Dios! balbucearon al mismo tiempo Virginia y la abuela.

Nicolás nada dijo, pero un temblor convulsivo recorria todos sus miembros.

—Ni por Dios ni por la Virgen, repuso brutalmente el escribano levantándose; y si no consentís de grado, será por fuerza. Haced un atillo de vuestra ropa, y en marcha.

—¡Oh! ¡no teneis corazón! exclamó Lorenza.

—Bueno fuera que lo guardara aun, despues de veinte años de presenciar escenas como esta.

Virginia prorumpió en sollozos. ¡Tener que abandonar aquel modesto cuartito en donde había vertido tantas lágrimas, en donde se había deslizado su tranquila infancia! Los viejos y los niños tienen muchos puntos de contacto. Tampoco Severa pudo sobrellevar aquella desdicha, tanto más intensa para ella, cuanto era inexperada, y se arrojó llorando en los brazos de su nieta.

—¡Por ellos! exclamó Lorenza fuera de sí.

El escribano se encogió de hombros, é hizo un gesto a los alguaciles. Estos se adelantaron.

En aquel momento se entreabrió lentamente la puerta, y un joven adelantó su rubia cabeza por la rendija.

Pareció dudar un momento, luego la abrió de par en par, y entró resueltamente en el aposento.

—Tomad, dijo, entregando al escribano trescientos reales, esto por el alquiler: esto para vos y esos muchachos, repuso, añadiendo un napoleón a la cantidad anterior.

—¡Caballero! exclamó Lorenza con las mejillas en-

solo en honor de su casta se defendió el pobrecito. Con traje grosellera y orosalió el Tato, le pinchó, y es claro, al fin lo mató... y salió el segundo toro. Se llamaba Botinero, perdió un cuerno en la barrera, quiso la gente que fuera restituído al chiquero. No lo quiso el Presidente y á los espadas multó, y el Gordito le mató... al toro, perfectamente. El tercero era una fiera, por mal nombre Figuerero, parecía un caballero con cuernos como cualquiera. Viendo su término fijo se defendió con valor, y al fin murió con honor. a manos de Lagartijo. Era el cuarto Golondrino, (hallándome yo en Jerez uno así tuve una vez que me rabiaba el indino). Estocadas le dió buenas tres ó más mi amigo el Tato, y le hizo pasar mal rato hasta sacarle de penas. Era el quinto Mirandillo, jóven del tenor siguiente, que, saliendo muy valiente, se amilanó el pobrecillo, y tuvo mala fortuna, que mucho el triste sufrió, y al cabo le maté yo, es decir, la media luna. Era Merino el postrero, berrendo, bravo y celoso, y allí estuvo haciendo el oso, que era un toro con salero. Se divertieron muy bien los chicos con el un rato, y por poco con el Tato el se divierte tambien. Lagartijo, que es muy fino y me roba el corazon, puso fin á la funcion matando al señor Merino.

MEDIA LUNA.

CASCABELES.

Hemos recibido la memoria que los Amigos de los pobres dirijen al Senado y al Congreso explicando sus actos y detallando la inversion de los fondos recaudados. Dan esta satisfaccion al público los Amigos de los pobres, no porque necesiten darla, sino en contestacion á lo que de ellos dijo el ministro de la Gobernacion, que suponía que el dinero recaudado para hacer frente á la epidemia colérica se empleó en conspiraciones politicas. Creemos que la memoria no hacia falta ninguna; los ministros, como muchas personas, á veces no saben lo que se dicen, y es preciso dispensarles alguna falta, porque como son ministros les parece que ya son infalibles, y que pueden poner á todo el mundo la ceniza en la frente; pero se llevan chasco muchísimas veces.

Los periódicos procuran con ahinco saber dónde, en qué caja ó cajon, en qué casa honrada se ha constituido el depósito de veinte millones de los ingleses del Banco nacional.

Señores, no se cansen VV., ese dinero se ha depositado en la Caja misteriosa, aquella que se enseñaba á real en los Campos Eliseos y luego en la calle de Toledo.

Dicen tambien que el ministro de la Guerra no quiere permitir que los millones entren en caja, por no igualarlos con los pobres quintos, puesto que los millones para estos y todos los ministros, no son quintos, sino primeros.

Les digo á VV. con verdad que el vino riojano es un gran vino. Este vino, poco conocido en Madrid hasta ahora, es acaso el más provechoso de todo el que da nuestro privilegiado suelo. En Madrid se ha abierto un depósito de este vino, verdaderamente puro, y muy benéfico á la salud, en el Pasaje del Iris. Es un vino de mesa excelente, y aconsejamos al público, y á las personas débiles en particular, que prueben el delicioso producto riojano. Mucho sentimos que no viva Noé, porque es seguro que si llega á probar ese vino se vuelve loco de alegría, y coge una chispa capaz de incendiar á Madrid.

Saben VV. que los que cobran del Tesoro y viven fuera de Madrid, estarán muy divertidos ahora que no se paga por ahí fuera á nadie?

Aquí se paga, aunque con muchos trabajos, para que no se diga; pero en las provincias, con alguna excepcion, hay una hambria entre la gente que ha de cobrar, que debiera avergonzarse á quien tiene obligacion de pagar.

La misma Correspondencia dice que las noticias sobre la cuestion de crédito que recibe de Londres son muy satisfactorias y que aun las ha de recibir mejores esta misma semana.

Vamos, será la grilla de que se nos abre la Bolsa... La Correspondencia, como es rica por su casa, se le figura que el país está muy mejorado, y que la Hacienda de España se ha salvado, y quiere que todos veamos

las cosas lo mismo. El dinero, que influye en todo, influye mucho en la vista. El que tiene dinero ve bonito lo que es feo, y feo lo que está bonito; el que tiene dinero ve sin susto á los ingleses, cosa que no le puede suceder á quien está á la cuarta pregunta.

En fin, cuando un periódico dice, probablemente por encargo del Gobierno, que la cuestion de crédito se arregla satisfactoriamente, ya pueden VV. decir que no hay tales carneros, aunque haya ingleses.

En nuestra Administracion se vende á 2 rs. un folleto muy razonado y juicioso, que acaba de publicar el señor Pulido, secretario que fué del Tribunal mayor de cuentas. Es un Plan de Hacienda que comprende la reforma de nuestra administracion interior en la parte económica. Este plan lo publicó el autor en 1840, y ahora ha hecho segunda edicion, por creer que la, que entonces dijo es tambien hoy de gran oportunidad.

Geroglífico del número anterior.

El Banco español inglés, valiente bromazo es.

Trata una comision del Congreso de fijar las fuerzas navales que debemos tener.

Bueno será empezar por declarar que el ministro del ramo no es una fuerza en lo naval, toda vez que es un general de caballeria, que en saliendo á perseguir á alguien no hay quien pueda con él.

Dice La Correspondencia que las oposiciones no tienen en el Congreso más de cuarenta votos.

Pues mire V., amiga, allí no tendrán mas que cuarenta, pero fuera de allí tienen muchísimos votos, y hasta botas.

Charadita del número anterior.

Ya te he visto esta mañana hablar con otro en la reja... No tengo de ti otra queja, pero eres muy casquivana.

Un jóven que se va á casar con ella.

Creemos que debía desaparecer de la plaza de toros la media luna. Es horrible y cruel desjarretar al pobre animal, y si el público pensase en aquel momento en lo que estará sufriendo el noble bruto, es seguro que no querría presenciar aquel acto de barbarie.

Cuando á un toro no se le puede matar de otro modo, se le debe retirar al corral.

Si los toreros, las autoridades y los aficionados quisieran, se podrian suprimir en ese espectáculo muchos detalles repugnantes.

Aquí todos son exageraciones.

A los ingleses que han de formar el Banco proyectado se les pone de vuelta y media por los periódicos. Lo que se quiere es desacreditar al ministerio, y para esto se hace todo lo lícito y lo ilícito tambien.

Ya ha dicho EL CASCABEL su opinion sobre el proyecto, y todo el mundo sabe que no somos amigos del gobierno; pero nos duele ver que la pasion de partido y el odio sean los consejeros de la oposicion, ahora como siempre.

Charadita.

Con la primera y segunda quieren arreglar la cosa los políticos modernos que tratan de armar la gorda. La primera, quinta y cuarta es piel, aquí y en Polonia, y en Rusia y en todas partes es siempre la misma cosa; segunda, tercera y cuarta es mujer muy peligrosa que recorre las iglesias, no porque sea devota, y entra en las tiendas, y saca lo que puede y no lo compra. Cuarta y quinta me parece que es lector, muy poca cosa, si el Tesoro ver te dejan, allí está su imagen propia; segunda y cuarta en la cama tiene mi humilde persona; primera, segunda y quinta es composicion preciosa, por supuesto, bien escrita, porque si no será tonta; y el todo suelen soltarlo con razon ninguna ó poca, los políticos matones que llamo de brocha gorda, los Gobiernos que se caen, y muchísimas personas á quienes toda la fuerza se les suele ir por la boca.

La supresion que dicen que se intenta de la direccion de Sanidad militar es un gran disparate. Por otra parte pueden hacerse las economias. Pero aquí las cosas se hacen mal la mayor parte de las veces.

El Espíritu Público se lamenta de que se publiquen en España más periódicos satiricos que en toda Europa, porque dice que la sátira es entre nosotros injuriosa ó grotesca.

Bien pudiera El Espíritu Público decir que periódicos satiricos son esos injuriosos y grotescos, porque francamente, á EL CASCABEL no puede acusarse de una ni otra cosa. Se le podrá acusar de ignorante, pero de injurioso nó.

Tambien debe tener presente que cuando comenzó nuestra publicacion, no habia otro ninguno de su género en España. La nube vino luego, sin que nosotros nos quejemos por eso, porque nos parece que á nadie puede ni debe impedirle que publique periódicos del género que le parezca.

Por lo demás, EL CASCABEL no es un periódico satirico en la falsa significacion que se dá á esta palabra, y quisiéramos que El Espíritu Público citase los nombres de los periódicos satiricos que, segun dice, son injuriosos y grotescos, para saber que nos hace la justicia de no confundirnos con ellos.

El señor Moyano es la pesadilla del ministro de Hacienda.

Dicen que sueña con Moyano, que siempre que está solo no hace mas que decir ¡Moyano! ¡Moyano! que cuando mira á un espejo ve Moyano, que todas las personas que ve le parece que se parecen á Moyano, y en fin, que muchas veces cree que él mismo no es el mismo, sino Moyano.

Ya ha quedado abierto al público el despacho de la nueva fábrica de bebidas gaseosas que, con el título El Progreso, se ha establecido en la plaza de San Millán, núm. 11, esquina á la de Toledo.

En la Direccion de dicha fábrica está uno de los más acreditados doctores en farmacia, que no ha omitido gasto alguno para la mejor elaboracion de estas bebidas, haciéndose traer al efecto del extranjero las máquinas y utensilios de más novedad.

Por la buena calidad de estos productos y por la baratura en los precios, creemos logrará verse favorecido de gran número de consumidores.

Dijo el otro dia el ministro de Hacienda:

«El embarazo mio nace de que no sé cómo sirvo mejor á mi país, si hablando ó callando.»

Perdone V. E., señor ministro; V. E. podrá estar todo lo desembarazado que quiera, pero el que sufre los dolores es el país.

V. E. no sabe cómo sirve mejor á su país, nosotros sí lo sabemos; dedicándose V. E. á aquello para lo que sirve muy bien, como defender pleitos y hablar de lo que entiende, que no es poco, pero no es la Hacienda.

Dios guarde á V. muchos años.

Hemos leído un folleto titulado El Banco nacional y sus consecuencias, que acaba de publicar el señor don Mariano Aguado y Sinobas. Ocupase en el examen del proyecto del ministro de Hacienda, y lo combate con gran copia de razones y datos oportunísimos.

Es un trabajo que debe leerse.

Una de nuestras suscriptoras del pueblo de Villanueva Alcardete, provincia de Toledo, nos avisa la remision de 20 rs. con destino á la familia desgraciada de que nos ocupamos en un párrafo del núm. 161, por lo que nos hemos apresurado á adelantar esta limosna y ponerla en mano del dignísimo capellan beneficiado de la parroquia de San José, don Antonio Fresneda.

GEROGLIFICO.



ANUNCIOS.

Vino Medoc de la Rioja Alabesa.—Está elaborado con todo esmero; tiene todas las condiciones más apreciables del buen Burdeos; es completamente puro y muy propio para las personas ocupadas en trabajos mentales ó de bufete y para los de salud delicada. Se vende á 4, 5 y 6 rs. botella con casco; 3, 4 y 5 sin el, en la carrera de San Gerónimo, 11, pasaje del Iris, Bodega Riojana de G. Torrecilla.

Por lo contenido en este número. F. Perezguzan.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel, A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.